

Chascom contra Tarzán

ENTRE INDIOS
BAILARINES



Chascom

Nº12

Año 1



CHASCON

AÑO I N.º 12

15 Julio de 1936

Redacción y Administración: Agustinas 1639. — Casilla 2787.

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



A pesar de ir amarrados, estos conejitos corren más que una locomotora. ¿Por qué corren tanto? Es que quieren ir a ver a la Princesa Esplendor del Mar.



Chascón contra Tarzán

Entre los indios bailarines

Episodio N.º 12

Los indios se mostraron encantados de ver a Chascón. Les pareció un hombre muy superior a Tarzán.

—Tú eres un verdadero personaje — le dijeron. Quédate con nosotros. En cuanto al otro hombre blanco, que dice llamarse Tarzán ya verás el castigo que vamos a darle.

Y al decirle esto, los indios comenzaron a bailar con muchísima alegría. Daban dos pasos hacia adelante, dos hacia atrás y en seguida brincaban como cabritos nuevos. Chascón admiró la destreza de los indios, hizo una reverencia — porque era muy bien educado — y preguntó:

—¿Qué castigo darán a Tarzán?

El indio más viejo se llevó la mano a la sien, para pensar mejor y después de algunos minutos contestó:

—Estamos acostumbrados a comerlos a nuestros prisioneros. Los asamos como a corderos, bailamos alrededor de las llamas y después viene el festín.

Chascón cerró los ojos. ¡Qué horrible suerte le esperaba a su enemigo Tarzán! No era posible que lo mataran así, lo mismo que a un pollo. Chascón era muy bondadoso y no quiso que su enemigo pasara semejantes dolores, en medio de los gritos y las danzas de esos salvajes. De manera que resolvió libertarlo cuanto antes.

Mientras tanto, el jefe indio se sobaba las manos, muy regocijado ante la idea de que se iba a comer a Tarzán.

—Sí, mi buen amigo — le dijo a Chascón — sí, sí; el Tarzán ese va a ser devorado por nosotros. Me encanta el sabor de la carne de los hombres blancos. Fíjese usted que un día me comí a uno que pesaba cien kilos y, de puro goloso, casi me muero después de indigestión.

—No coma entonces tanta carne humana — le dijo Chascón, riendo. Si usted se enferma, a lo mejor sus soldados indios se sublevarán y nombran jefe a otro.

—Eso no pasará jamás — dijo el jefe, con un orgullo tremendo. Yo le aseguro a usted que eso no pasará nunca. Todos saben en la tribu que yo soy el más astuto y el más fuerte, de manera que me necesitan. No hay nadie que me iguale.

Los indios que oían estas palabras hicieron una inclinación de cabeza, para demostrar que el jefe estaba diciendo la pura y santa verdad. En seguida, felices como chiquillos, comenzaron a bailar.

Chascón se apartó un poquito y empezó a meditar en la manera de salvar a su enemigo. Después que lo tuviera sano y salvo en su poder, lo castigaría por malvado...

(Si Ud., lectorcito, quiere saber algo más, lea las páginas centrales de esta revista)

La Princesa Esplendor del Mar

La maldición

Muy preocupada andaba por aquellos días la reina Maravilla, esposa del rey de las Islas de Coral.

Después de cruzar rápidamente un laberinto de rosales, se sentó en un banco de piedra, y, por fin, creyéndose sola, dejó escapar el secreto de su inquietud:

— ¡Cuándo llegará, por fin, el día esperado! — gimió Maravilla—. No puedo soportar por más tiempo esta ansiedad. Desde el día en que un presagio cierto me hizo saber que voy a dar un heredero a mi reino, la sola idea de que no sea de una belleza sorprendente me llena de espanto. Debería haber una ley que asegurase que los príncipes de sangre real nazcan tan bellos como las estatuas de mi palacio. Pero ¡ay de mí! ¡He visto hijos de mendigos que parecían un rayo de sol! Y, en cambio, mi prima, la reina del mar de Medianoche, tiene un hijo monstruoso, como los animales que acechan en el fondo del Océano. ¡Daría mi corona de perlas a quien me aliviase de esta duda!

— ¿Me la darás a mí? — dijo una voz chillona, que parecía salir de la hierba.

La Reina miró a sus pies, sorprendida, y lanzó un grito

de espanto. Un sapo, un enorme sapo amarillento, estaba ante ella, con una de sus patas apoyada familiarmente en la sandalia de cuero blanco de la Soberana.

—¿Me la darás a mí? — repitió el sapo guiñando sus ojos de oro y azabache—. Pero Maravilla se subió de un salto a un banco, recogiendo nerviosamente sus vestiduras y gritando:

—¡Qué horror! ¡Qué espantoso bicharraco! ¡Socorro! ¡Salvadme! ¡Cómo pueden existir seres tan repugnantes!

No lejos de allí estaba su escudero cazando alondras, y acudió, ballesta en mano. Armó su ballesta, apuntó y...

—¡Asesino! ¡Desvergonzadote! ¡Dónde tienes los ojos, pedazo de bruto! — gritó una viejecilla del mismo tamaño que el sapo, poco más o menos, y vestida de verde, que salió de debajo del banco.— ¿No ves que es mi marido, que ha venido a hablar con la Reina de un asunto muy serio? ¡Por supuesto, que la culpa es suya, por haber venido a hablar con una loca semejante!

Maravillados se quedaron la Reina y el escudero al oír semejantes palabras y ver que la viejecita se cogía amorosamente de la pata del sapo. Pero Maravilla, verde de ira, repitió su orden:

—Mátalos a los dos. Los monstruos no deben vivir.

—¿No? — exclamó la vieja riendo, lo que le daba un extraño aspecto de rana, con los ojos saltones y la boca hasta las orejas—. Pues lo que es tu hija, porque hija será lo que tengas, no vivirá mucho, porque será un monstruo repugnante. Y dame la corona de perlas, porque ya te he sacado de la duda.

La Reina se desmayó en brazos del escudero. El sapo y la vieja desaparecieron dando saltos. Y se oían sus carcajadas, coreadas por las ranas del estanque.



Salió, de un salto, un extravagante y diminuto personaje.

II

El duende Pimienta

Cuando la Reina volvió en sí se encontró de nuevo en su lecho, de modo que por un momento creyó que todo había sido un sueño. La vista de sus sandalias mojadas de rocío y en una de las cuales había adherida una hoja verde, la recordaron el extraño suceso. Un escalofrío la recorrió al recordar la horrible predicción de la irascible vieja, y sin saber por qué, corrió hacia la cuna de plata y esmaltes azules que esperaba, desde hacía días, al heredero del trono.

—¡Si hubiese llegado ya, mientras yo estaba en el parque! — pensó la Reina. Y, deteniéndose un momento, llamó a sus esclavas para que la vistiesen en traje de gala, con su corona y su manto real, pues no quería que su hija la viese por primera vez, sino en todo su esplendor.

Ya vestida y cubierta con el manto de terciopelo rojo y armiños, acercóse lentamente a la cuna, en la que algo parecía moverse y balbucear extrañamente, descorrió poco a poco las cortinas de encajes de plata y... quedó muda de estupor.

Entre las almohadas de raso rosa y el cobertor de cisne, se revolcaba un horrible engendro, el más horrible que pueda pensarse para castigo de una madre demasiado orgullosa. Ojos saltones, boca de oreja a oreja, brazos y piernas larguísimo terminados en patas palmeadas. Era un sapo, un verdadero sapo con viva apariencia humana, en el que sólo recordaba la belleza de la Reina una fabulosa cabellera de oro, pero de oro verdoso, como la piel del monstruo.

La reina Maravilla se sintió perdida; no tendría más

remedio que confesar su vergüenza y afrontar la cólera del Rey. Era, seguramente, el destierro, la muerte tal vez...

—Estoy perdida, perdida. ¿Quién me ayudará?

—Yo — dijo una voz alegre, que pareció salir de un cofre, al lado de la chimenea—. Con tal de que me saques de aquí, pues llevo una semana sin poder salir.

Con recelo, la Reina abrió la tapa del cofre. Y salió de un salto, colocándose encima de una mesa de mármol negro, un extravagante y diminuto personaje.

Era un duende del bosque. El duende, después de hacer una reverencia que envidiaría el más antiguo palaciego, continuó, dirigiéndose a la Reina, con desparpajo admirable:

—Mil gracias, graciosa Majestad. Llevo ya una semana dentro del cofre de la leña, en donde me escondí huyendo del gato, y ya empezaba a tener hambre. No he llamado antes porque no me gusta molestar a nadie; pero como he oído vuestras quejas, he pensado que tal vez pudiese serle útil y aquí me tiene Su Majestad a sus órdenes.

Iba a replicar la Reina, pero el duende la interrumpió:

—No se moleste, señora... He podido darme cuenta de la situación desde mi encierro... Antes de que Su Majestad volviese de su paseo oí abrirse la ventana y entrar con sigilo un ser que debía ser de pequeña estatura por el poco ruido que hacían sus pasos y porque le oí decir en voz baja, pero indignada: “¡Pues no han comprado una cuna poco alta! En fin, me subiré en una silla y llegaré...” Luego oí una carcajada que parecía el croar de una rana, y la voz continuó:

Monstruo soy, monstruo te vuelvas,
como el corazón de la Reina.

Ahora bien: reconocí la voz y la risa de la terrible hada Ranilde, reina de los estanques y de las aguas muertas.

LA PRINCESA ESPLENDOR DEL MAR

su poder es inmenso y nadie puede combatirla... La princesa crecerá en fealdad al mismo tiempo que en años. Sin embargo, yo, solamente yo, Pimienta, el duende, puede salvarla.

La Reina alzó los brazos al cielo, llena de júbilo.

—Te daré todos mis tesoros si lo haces.

Pimienta dió una voltereta y cayó sentado entre los frascos de perfumes.

—Me contento con una moneda de oro, que me dará el tesorero, cada vez que alguien diga que la princesa es la más hermosa del mundo y sus alrededores. Pero es necesario, señora, que me obedezcáis punto por punto. Cubrid el rostro y el cuerpo de la Princesa con siete velos maravillosos y no consintáis que nadie los levante con ningún pretexto.

El duende, después de una nueva reverencia, saltó al suelo y se dirigió a la puerta y la abrió; pero antes de marcharse dijo a Maravilla:

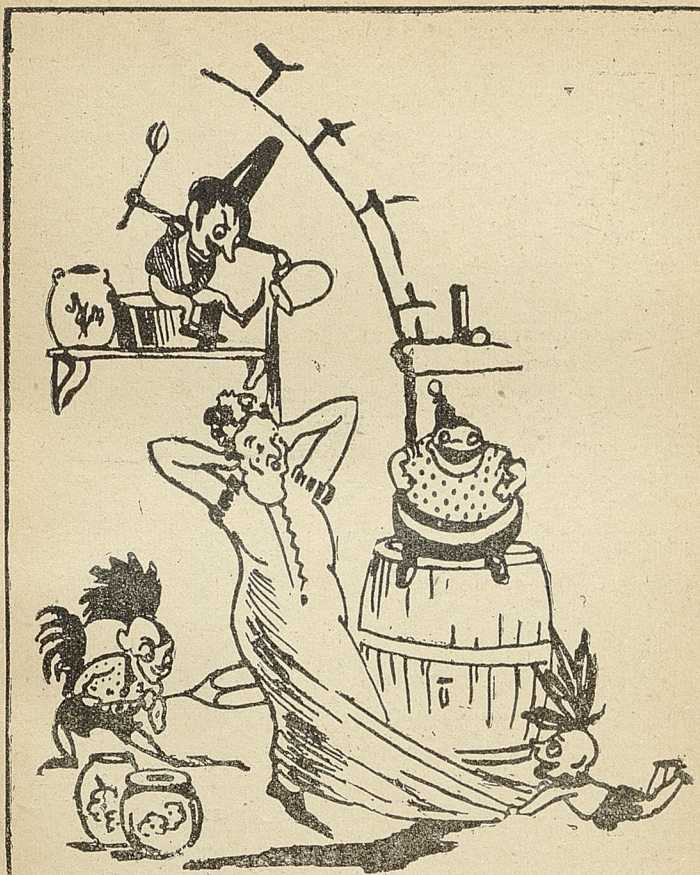
—Se me olvidaba. La princesa se llamará Esplendor del Mar.

III

Se propaga el secreto

Estrella de Rubí, la esclava favorita de la Reina, que había bajado al jardín a cortar un ramo de rosas púrpura para la mesa real, se quedó asombradísima al ver a un duende, que no era otro sino el descarado Pimienta, encaramado en uno de los tiestos en donde crecían las rosas reales, y más aún al oírle decir:

—¡La belleza de estas rosas, antes sólo superada por la de tus labios, desaparece ahora ante la de la princesa Esplendor del Mar, hija de la reina Maravilla!



Todo el mundo, viejos y jóvenes, supo que la princesa superaba en hermosura al sol.

La esclava hubiera querido saber más; pero el duende desapareció de un salto, después de decir:

—¡Sobre todo no se lo digas a nadie! La Reina, que e

muy amiga mía, me ha recomendado el secreto. Nadie debe saber la belleza de la Princesa, porque es tan deslumbrante que a los que la ven ciega para siempre. Y la Reina es tan compasiva con su pueblo, que prefiere que no lo sepan, para evitar desgracias. Así que te ruego el secreto más absoluto.

Bien había calculado el maligno duende al contar en secreto a la esclava semejante patraña. Al cabo de media hora todo el mundo sabía, no sólo en palacio, sino en los arrabales y veinte leguas a la redonda, que la princesa Esplendor del Mar superaba en belleza al Sol y a las estrellas, y que su presencia cegaba al que se atrevía a afrontarla.

IV.

La rana que habla

Siempre aconsejada por el maligno Pimienta, la Reina, a medida que Esplendor del Mar fué creciendo, siempre ocultaba en sus velos, constelada de pedrerías, la hizo dar una educación esmeradísima.

Tuvo la Princesa profesores de todas las ciencias conocidas y de muchas cuyo secreto se ha perdido. Aprendió todos los idiomas, incluso el de las aves. Al mismo tiempo su corazón desbordaba de todas las virtudes y el pueblo la bendecía en sus oraciones, agradecido de su liberalidad y de su caritativa influencia.

En cuanto a Pimienta, fabulosamente rico ya, porque día y noche millones de personas alababan la belleza y la bondad de la Princesa velada, se había dedicado a preceptor en jefe de Esplendor del Mar, que le adoraba, y con su malicia extraordinaria ponía un sello de gracia y de humanidad en el carácter de su discípula, salvándola de caer en la pedantería o en el orgullo de ser demasiado admirable.

Pero como nunca falta gente mala y envidiosa del bien de los otros, el hada Ranilde, que no podía explicarse cómo, a pesar



El pueblo estaba amotinado.

de su maleficio, gozaba la Princesa de una fama indiscutible de belleza sin par, logró un día deslizarse en el tocador de la Princesa.

Era, en verdad, horrible, y Ranilde, oculta entre los pliegues de una cortina, se devanaba los sesos sin hallar la clave del enigma. La Princesa era monstruosamente fea, algo así como una enorme rana, con los ojos saltones y la boca redonda y de labios verdes.

Tan abstraída estaba la infame Ranilde, que no notó que la vista de la Princesa, acostumbrada a leer los secretos

de los astros y a seguir el vuelo de los pájaros en la noche, la había descubierto en su escondite.

—¡Pobre animalejo! — exclamó la Princesa, con una voz tan armoniosa como el sonido de un laúd oriental—. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí?

—¡Y mucho mejor que la tuya, presumida! — gritó Ranilde, furiosa al verse compadecida—. ¡Y hasta de mejor familia; y en cuanto a fea, ya se conoce que no tienes un espejo, porque se hubiese rajado de seguro!

Sin parar mientes en el insulto. Esplendor palmoteó:

—¡Qué cosa tan rara! ¡Una rana que habla! ¡Voy a llamar a Pimienta, a ver qué le parece! ¡Pimienta! ¡Ven corriendo!

Al oír esto y ver llegar al duende con un gabán nuevo de terciopelo color guinda y un sombrero de flores, Ranilde, en cuatro saltos, se aproximó a la ventana abierta sobre el parque, y antes de lanzarse al suelo gritó, furibunda:

—¡Ya verás, a pesar de las patrañas de ese embustero vividor, qué pronto sabrá el pueblo que la princesa Esplendor del Mar es la más fea del mundo!

Y desapareció de un salto.

V

La venganza

El pueblo estaba amotinado. Desde hacía una semana todas las ranas de los estanques, de los arroyos, del río, de los charcos, cantaban día y noche sin parar:

¡La Princesa es fea, fea,
y es tonto el que no lo crea!

No había manera de entenderse. Sus gritos misteriosos llenaban el aire con su croar insultante; y, al fin, el pueblo,



*El Rey de la Mañana Sonrosada era bello, pero de aspecto
malvado y orgulloso.*

cansado de oírse llamar tonto, y temiendo ser engañado, se agrupó en la gran plaza al pie del castillo, pidiendo a voces y con amenazas que le mostrasen a la Princesa, sin velos.

La Reina, llena de inquietudes, llamó en seguida a Pimienta para buscar solución al conflicto. Y el astuto duende mandó a las esclavas que vistiesen a la Princesa con su más rico traje y la adornasen con todas las pedrerías del tesoro real.

El corazón de la reina Maravilla, se angustió al ver que el duende abría el gran ventanal que daba sobre la plaza, negra de gente amenazadora.

—Cuando yo diga una, dos y tres — dijo el duende—, haréis asomarse a la Princesa sin temor alguno. Yo respondo del resto.

Y bajó dando saltos a la plaza, cada vez más llena de una multitud vocinglera.

Y luego, ya encaramado en un árbol, frente al balcón del palacio, gritó:

—¡Una, dos y tres!

Y al mismo tiempo que aparecía Esplendor del Mar, dirigió hacia ella el reflejo deslumbrante del sol en un espejo que llevaba en su mano. Todas las pedrerías arrojaron una luz tan cegadora, que Esplendor apareció tan aureolada de fuego y de rayos que no podía distinguirse su rostro. Un grito de asombro y de terror salió de la multitud, que se arrojó al suelo, con los ojos cerrados, temiendo perder la vista.

—¡Por piedad! ¡Cubridla con los velos! ¡Perdón! ¡Perdón! — gritó el pueblo, aterrado, mientras Pimienta reía satisfecho y la infame Ranilde se tiraba de los pelos.

Al día siguiente todas las ranas, envenenadas por la multitud vengativa, flotaban, barriga al aire, en los estanques y en los charcos.

VI

Cuando la Princesa cumplió quince años, el Rey pensó en casarla, y de nuevo la Reina tembló, temiendo que descubriesen su superchería. Pero Pimienta, el fabulosamente rico Pimienta, porque la fama de la belleza de Esplendor del Mar crecía de día en día, aseguró que no había peligro alguno. Y la corte se preparó a recibir a los pretendientes de la hija del Rey. El primero que llegó fué el Rey de la Mañana Sonrosada, que era hermoso, pero de aspecto malvado y orgulloso.

Después de ofrecerla siete cofres de cristal llenos de diamantes, exclamó:

—¡Oh, poderoso Rey! A pesar de la fama inmensa de la Princesa Esplendor del Mar, no me casaré si no levanta sus velos, aunque durante un abrir y cerrar de ojos.

Pero la Reina replicó altivamente:

—Vuestra duda descortés nos ofende. Por lo tanto, os negamos la mano de nuestra hija.

Y el cortejo del Rey de la Mañana se alejó.

Una música de guzlas anunció después el cortejo del Emperador del Sol Poniente.

Era un hombre de edad madura, lleno de sabiduría y de prudencia. Y sus regalos eran sorprendentes.

Después de saludar a los Reyes, dijo con voz entera:

—¡Oh, Reyes poderosos! La fama de bondad y de sabiduría de la Princesa Esplendor del Mar eclipsa la de su belleza. He aquí por qué me casaré con ella sin levantar sus velos.

Ocurrió entonces, una cosa extraordinaria. La Princesa se transfiguró y adquirió una hermosura suave y dulce.

Y la felicidad reinó en el palacio, y Pimienta, colmado de riquezas, fué nombrado Primer Ministro.



—Los indios le pidieron a Chascón que se quedara con ellos para dedicarse a Tarzán, al que se comerían todo como un cordero.

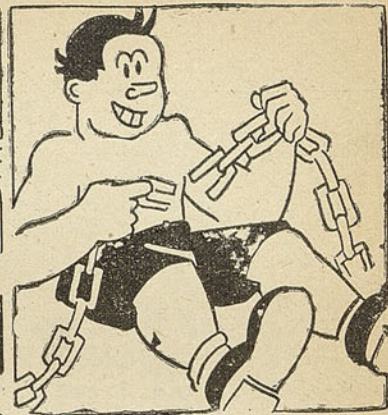
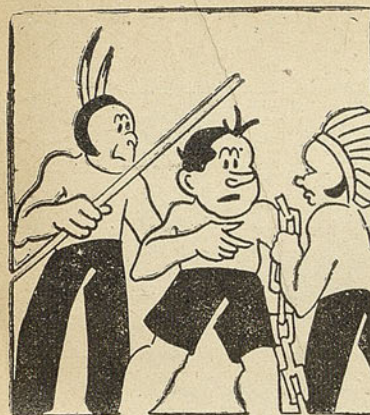
2.—Y para celebrar esta idea se entregaron a una frenética danza. Pero Chascón no quiso que su enemigo Tarzán muriera de tan espantosa manera.



—Se dirigió, pues, al sitio en que estaban atado y le libertó, pidiéndole que lo esperara en la canoa, para huir juntos.

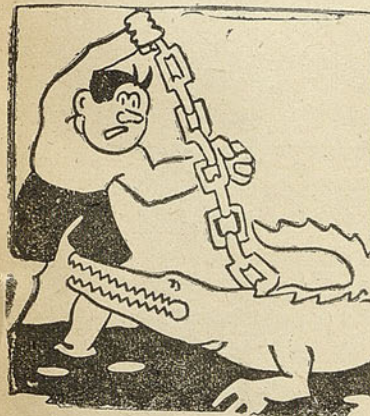


4.—Cuando Tarzán estuvo en el bote, no esperó a Chascón. “Yo quiero que los indios se lo coman” — dijo, marchándose por el río.



5.—Los indios se dieron cuenta de que Tarzán había huido y entonces encadenaron, furiosos, a Chascón, para darse con él un banquete.

6.—Y como los indios se pusieron de nuevo a bailar, Chascón rompió sus cadenas y huyó, sin ser visto.



7.—Llegó hasta donde estaba el cocodrilo, que saltó sobre él. Entonces Chascón, con un pedazo de cadena, le dio un tremendo golpe, botándolo a todos los dientes.

8.—Cuando vinieron los indios en busca y lo encontraron con el cocodrilo al hombro, cayeron de rodillas y le adoraron como a un dios.

¿Qué se hizo Tarzán? ¿Qué hará Chascón entre los indios?

El niño que hacía brillar la luna

Pepepé era un niño que vivía siempre en las alturas. Su misión era limpiar todas las noches a la Luna, hasta darle brillo. Pero esa noche Pepepé no quería trabajar. Sentado sobre una pequeña nube, se decía:

—Estoy cansado de limpiar todas las noches la cara de esa vieja Luna. Hoy no lo haré. Quiero pasear un poco...

Y apenas había terminado de decir esto, cuando el señor Viento pasó a su lado.

—¡Hola, Pepepé! ¿Qué le sucede hoy a la Luna que no aparece por ninguna parte?

—Es que no la he limpiado como todas las noches. Hoy no tengo ganas de trabajar...

—¿Quieres pasear conmigo? — dijo el señor Viento. — Te llevaré hasta la Tierra.

Pocos segundos después, Pepepé estaba en la Tierra. Al poner pie en ella, el señor Viento le dijo:

—Pasea por ahí, que cuando me llames vendré a buscarte.

Pepepé empezó a caminar. ¡Qué oscuro estaba todo aquello! Y ya comenzaba a desagradarle el paseo, cuando oyó que alguien lloraba a sus espaldas. Dió vuelta la cabeza, y muy cerca de él vió al hada más encantadora del mundo. Era una criatura hermosísima, con una hermosa cabellera negra.

—¿Qué te ocurre? — preguntó Pepepé. — ¿Por qué lloras?

—Lloro porque hoy es mi cumpleaños, y esta noche



Su misión era limpiar todas las noches la luna.

pensaba ofrecer a todas mis amiguitas una fiesta a la luz de la Luna. Pero no podré hacerlo porque la Luna no ha salido.

Pepepe se sintió avergonzado. Y no era para menos. Un hada lloraba porque la Luna no brillaba y la culpa la tenía él, por haragán. Y tanto se avergonzó, que, ya dispuesto a reparar su mal, le dijo:

—No te aflijas, niña. Yo te ayudaré de alguna manera. Haré que la Luna brille y que puedas ofrecer la fiesta tal como la deseabas...

Llamó al señor Viento, y velozmente se hizo transportar hasta su casita, que estaba suspendida de una nube. Allí tomó un trapo y una pomada, y con ello comenzó a limpiar

la Luna. Lo hizo con tanto entusiasmo, que a los pocos minutos la Luna brillaba como nunca, desparramando sobre la Tierra una encantadora luz.

Esa noche Pepepé durmió más contento que de costumbre. Sentía una gran satisfacción. Era la satisfacción de haber realizado una acción buena.

Pepepé, al otro día, se levantó temprano y quiso bajar a la tierra, a ver a la hermosa chica, al hada encantadora cuyo cumpleaños había podido celebrarse magníficamente gracias a él.

No pudo bajar hasta que atardeció. El viento volvió a llevarlo. Se encontró con la niñita, que estaba muy contenta.

—¡Qué fiesta tan feliz tuve ayer! — le dijo en cuanto divisó a Pepepé. Estoy sumamente agradecida de tu gentileza.

Y, para manifestárselo, le dió un riquísimo pastel, que le había guardado cuidadosamente.

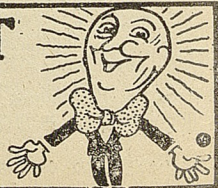
Pepepé se lo comió muy satisfecho y después de conversar un rato con su amiga volvió a su casa de las alturas. Desde entonces, nunca más volvió a descuidarse y la luna brilló todas las noches de una manera esplendorosa.

LUCERITO WATT

da a conocer las bases del concurso

Para tomar parte en él es necesario tener a la mano un lápiz y un poco de entusiasmo.

VEA LA PÁGINA



Jumbo se vuelve aventurero



Jumbo se dió un tremendo golpe al caer.

Jumbo, el elefante, andaba cabizbajo desde hacía varios días. Los otros elefantes se extrañaban mucho de la tristeza de Jumbo y le preguntaban:

—¿Qué tienes, hermano? ¿Qué te sucede? ¿Por qué andas tan pensativo?

Jumbo no les contestaba. Limitábase a mover la trompa de uno y otro lado y no decía una sola palabra.

Jumbo estaba cansado de la selva y quería llegar hasta las ciudades, para hacerse más famoso que el mismísimo Chascón, cosa completamente imposible de alcanzar, como se comprenderá sin esfuerzo ninguno.

Pues bien, una noche, una de esas noches en que no hay luna y todo está oscuro como un túnel repleto de negros, Jumbo esperó que los demás elefantes se entregaran al sueño y en seguida huyó sin hacer ruido.

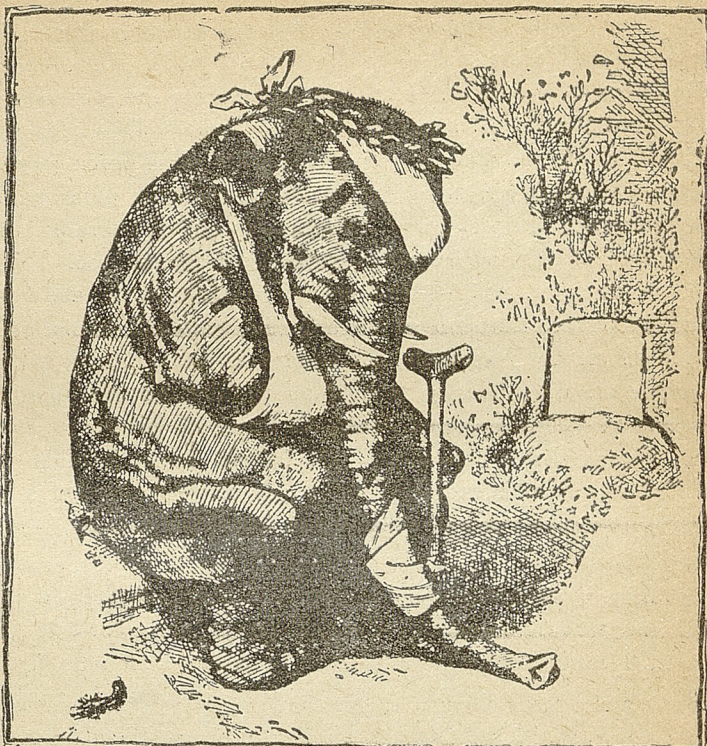
—Voy a combatir con feroces enemigos, voy en busca de la fama — se dijo Jumbo, apresurando el paso.

Anduvo, anduvo, hasta que se acercó a una laguna. Había allí un león viejo, que había salido a beber un poco, porque estaba con una sed terrible. En cuanto Jumbo vió al león, pensó que nada sería mejor para su gloria que vencer al rey de las selvas. Y sin pensarlo más, metió la trompa en el agua, aspiró con fuerza y la sacudió después como si fuera un cañón. Apuntó hacia el rey de los animales y le disparó con un vigor tremendo la mucha agua que había conseguido almacenar en su cuerpo formidable. El león sintió que le caía del cielo una ducha inesperada y, como no había visto ni oído al elefante, creyó que se trataba de alguna brujería y echó a correr, desesperadamente asustado. Jumbo, feliz, se irguió en dos patas y exclamó en su idioma:

—Soy más poderoso que el rey de la selva. ¡Viva Jumbo el invencible!

Y continuó su camino. Este primer triunfo le había dado una alegría tan grande que comenzó a cantar lo mejor que pudo, es decir, tal como un elefante sabe hacerlo.

Todavía la noche era oscura, obscurísima. Jumbo ca-



Los demás elefantes le fabricaron una muleta.

minaba y caminaba. De repente oyó unos lamentos horribles.

—Seguramente — se dijo Jumbo — debe ser algún animal que ha caído en alguna trampa de esas que los hombres preparan para cazarnos. ¡Tanto peor para él! No hay que ser tonto.

Y, encantado de haber pensado así, dió un enorme brinco. Pero ¡ay! el inocente Jumbo cayó también en una trampa. Quedó cogido de una pata y cuando quiso librarse por poco se enreda la cola entre unos fierros. Jumbo estaba per-

dido. En cuanto amaneciera, vendrían los hombres, lo verían y — llenos de alegría — se lo llevarían a la ciudad, para exhibirlo en los circos. O tal vez le sacarían los colmillos y lo dejarían como al más viejo de los elefantes. Esta idea enfureció a Jumbo. Dió con la trompa un golpe feroz y saltaron, entonces, convertidos en polvo, los fierros y los palos de la trampa. Pero el golpe fué tan recio que el pobre Jumbo perdió el equilibrio y cayó al suelo como un muñeco.

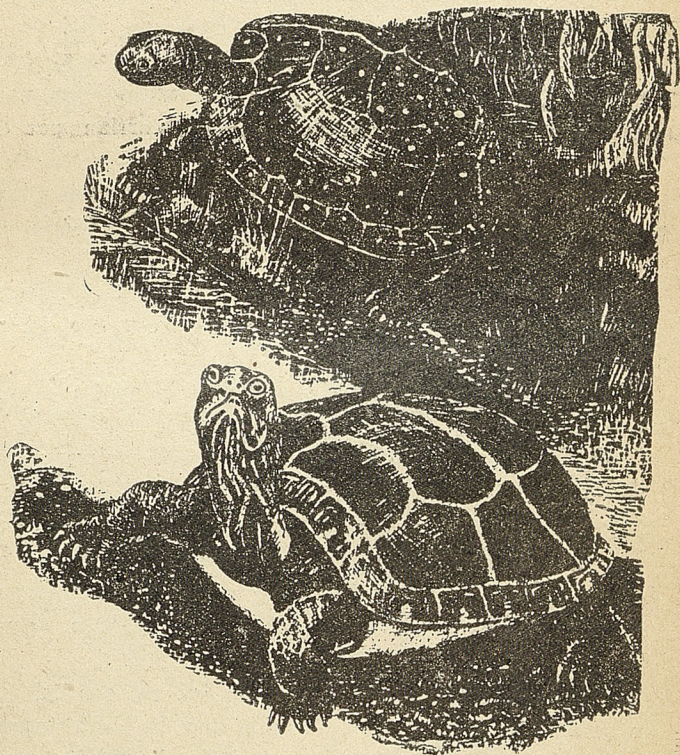
— ¡Ay, ay, ay! — exclamó en su idioma de elefante, olvidando por completo su orgullo. En realidad, había quedado en estado lamentable. La trompa le dolía, las patas las tenía como quebradas y la cola no lograba moverla, porque a cada movimiento sentía deseos de llorar de dolor.

Comenzaba a amanecer. El infeliz había perdido ya todo deseo de aventuras. De modo que resolvió regresar a la selva, al sitio en que se encontraban sus hermanos, los demás elefantes.

Mucho trabajo le costó volver a la selva. Apenas si podía andar de puro molido. Cuando llegó, los elefantes se estaban levantando. Lo vieron venir lo mismo que a un inválido y quedaron extrañadísimos. Se acercaron a él, lo acostaron, lo tuvieron que cuidar como a un niño. Jumbo se quejaba y tenía una fiebre muy alta. Entonces los elefantes le fabricaron una muleta, para cuando pudiera levantarse, y le dijeron que no volviera a salir de la selva en busca de aventuras.

Jumbo, muy avergonzado, no contestó nada; pero nunca más volvió a aburrirse en la selva. Fué tan elefante, que los demás lo nombraron alcalde y desde entonces anda Jumbo haciendo el bien a todos sus hermanos, encantado de vivir entre ellos.

LAS TORTUGAS AMBICIOSAS



Estaban muy aburridas de ser tortugas.

Vivían muy cómodamente las dos tortugas. Eran bastante grandes, de manera que se movían más lentamente to-

avía que sus demás hermanas, las otras tortugas que existen en el mundo, las cuales no tienen fama de veloces, por cierto.

Pues bien: las dos tortugas, para no aburrirse mientras caminaban, se ponían a charlar. Alcanzaban a contarse como cien historias en el corto espacio de un metro.

Después, descansaban, cerrados los ojos.

Un día, mientras miraban hacia el cielo, sintieron una envidia tremenda al ver cómo los pajaritos corrían por el azul, cantando muy contentos.

—Es una gran cosa tener alas — dijo una de las tortugas—. Así, tranquilamente, se cambia de sitio, se viaja, se conocen pueblos, ciudades, países.

—¡La pura verdad! — exclamó la otra tortuga—. ¡Qué agradable es tener alas! Yo daría cualquier cosa por poder volar como una alondra.

No había terminado de decir esto cuando oyó una voz que le contestaba:

—Si quieres tener alas y volar, yo puedo servirte. ¿Qué me darías en cambio?

Las dos tortugas miraron asustadas y vieron a un pajarito verde, con una corona en la cabeza.

—Este es, sin duda, el rey de los pájaros — se dijeron las tortugas, y muy satisfechas inclinaron la cabeza, saludándole.

—Yo sería capaz de darte mi vida entera, con tal de que me permitas volar una hora — dijo una de las tortugas, mientras la otra sacaba el cuello y agitaba la cabeza para manifestar que ella también pensaba así.

—Muy bien — contestó el pajarito. Sin embargo, quiero hacerles una advertencia: cada ser viviente ha nacido con sus características propias, con su vida particular. Por ejemplo, el hombre no debe jamás pretender vivir como un tigre;

y las tortugas no deben ansiar convertirse en pájaros. Hay que resignarse con su suerte y ser lo mejor posible dentro de lo que se ha nacido.

El pajarito estornudó después de hablar tan cuerda-mente. Esta era su manera particular de dar fin a sus discursos.

Las tortugas le respondieron:

—Estamos aburridas de ser tortugas. Muy bien estará todo lo que tú dices. Al fin y al cabo, tú debes estar contento siempre, pues eres pájaro. Pero nosotras, ¡ah, pajarito rey, pajarito mago, o lo que fueres!, tenemos la desgracia de ser tortugas y nos desesperamos.

Nada contestó el pájaro verde; pero agitó las alas, cantó de un modo extraño y he aquí que como por arte de magia a las tortugas les nacieron unas alas muy bonitas. Felices, enormemente felices, las tortugas quisieron volar lejos. Agitaron las alas y se remontaron por los aires. Volaron una hora exacta. Al fin, cansadas, porque eran grandes y pesadísimas, resolvieron bajar a tierra y como no sabían hacerlo como los pájaros se contentaron con cerrar de un golpe las alas. Cayeron, pues, bruscamente al suelo y quedaron convertidas en piedrecitas. Nadie pudo llorarlas, porque nadie las conocía. Pero el pajarito verde exclamó entonces:

—Cuando se nace tortuga, hay que seguir siendo tortuga. Así lo enseña la sabiduría que se alcanza volando, volando como yo...

Después de hablar de tan sabia manera, el pajarito verde echó a volar muy alto, muy alto. Cruzó ríos, montes, selvas. Llegó hasta el país de las tortugas, que en cuanto lo vieron aparecer comenzaron a agruparse para darle la bienvenida.

—Ahí viene un pajarito verde — dijeron. Seguramente

está viajando desde hace días y debe saber muy lindas historias.

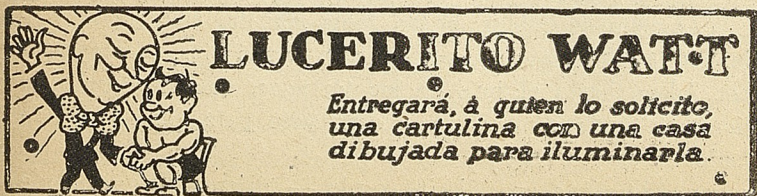
El pajarito verde descendió a tierra, hasta donde estaban las tortugas reunidas y les dijo:

—He querido venir personalmente a decirles que no se aburran nunca de ser tortugas. Es lo más sabio que pueden hacer. Siendo tortugas, también podrán conocer muchas alegrías: Traten de ser excelentes tortugas, eso es todo. Lo principal, siempre, desde hace siglos, ha sido el tratar de mejorar, y para esto no hay como la bondad, la ayuda que se presta desinteresadamente a los hermanos.

Las tortugas, muy entusiasmadas, aplaudieron. El pajarito verde se sintió conmovido y agregó:

—Conocí a dos tortugas ambiciosas que murieron porque, envidiosas de los pájaros, quisieron volar como ellos. Yo les pido a ustedes que no deseen ser pájaros sino tortugas, siempre, siempre, y la felicidad las acompañará.

Después de esto, el pajarito verde se alejó por el cielo y las tortugas, muy tranquilas, volvieron a sus casas.



LOS JUEGOS DE PIRULÍN

Algunas mañanas, Pirulín amanecía con un genio terrible. Desde que se levantaba, no quería hacer sino su voluntad. Sus hermanos, en tales ocasiones, le temían y trataban de huirle, porque Pirulín quería imponerse en todo, hasta en los más inocentes juegos.

Su hermanita Berta le invitaba a jugar.

—Vamos, Pirulín — le decía. Tengo una pelota de mil colores. En el jardín jugaremos un rato.

Pirulín fruncía el ceño.

—No quiero jugar a la pelota — decía con ira. Prefiero jugar a que yo soy domador y tú eres un perrito sabio.

Berta se sometía; pero el juego terminaba muy mal, porque Pirulín, sintiéndose domador, de repente azotaba a su hermanita de una manera muy poco agradable. Entonces Berta comenzaba a llorar y la mamá resolvía castigar a Pirulín, el cual se volvía más testarudo todavía y llegaba a ser insufrible.

Una mañana de esas, Pirulín amaneció con ganas de cazar mariposas. Su hermana Berta y su hermanito Juan le propusieron jugar al escondite; pero Pirulín rabió, dijo a gritos que tenían que obedecerle y asustó de tal modo a sus hermanos que éstos bajaron al jardín con él, muy tristes, porque no querían matar mariposas.

Una vez en el jardín, Berta y Juanito se pusieron firmes.

—No cazaremos mariposas, Pirulín — dijeron. Eso es cruel. Las mariposas deben vivir. ¡Son tan bonitas!

Pirulín, enfurecido, les dijo que jugaría sin ellos y comenzó a correr solo por el jardín, persiguiendo a una mariposa de tres colores — blanco, amarillo y azul — que volaba de flor en flor. La mariposa llegó en su vuelo, huyendo de su perseguidor, hasta el fondo del jardín. Pirulín corría detrás. La mariposa saltó a lo alto de la muralla. Pirulín se trepó también, dispuesto a darle alcance. La mariposa salió de la casa, echó a correr por el campo. Pirulín, testarudo y molesto, iba siempre detrás, corriendo con verdadera furia. Pero he aquí que de repente la mariposa se subió a una rama alta y habló con voz sonora, lo cual asustó a Pirulín:

—Eres un niño caprichoso — le dijo la mariposa — y mereces un castigo. Yo llamaré a mis aliadas para que te castiguen como ellas saben hacerlo.

Pirulín, lleno de miedo al ver que la mariposa hablaba, quiso regresar; pero la mariposa le ordenó que se quedara ahí, sin moverse.

Tanto era el terror de Pirulín, que no se atrevió a moverse. Obedeció, pues, quedándose parado como si se hubiera convertido en estatua.

Entonces la mariposa dió un silbido extraño y desapareció. Inmediatamente se oyó, lejos, un zumbido muy fuerte, que fué creciendo, creciendo, a medida que se acercaba. Pirulín miró hacia todos lados y vió venir una nube de abejas.

—¡Estoy perdido! — se dijo. ¡Qué cosa tan terrible!

Y sin pensarlo más echó a correr desesperadamente en dirección a su casa. Pero las abejas avanzaban más rápidamente que él y lo alcanzaron. Unas se treparon en su cabeza, otras en su nariz, algunas en su mejilla, en sus manos,



—Vamos, Pirulín. Tengo una pelota de mil colores.

en sus piernas. Todas le picaron al mismo tiempo. Pirulín dió un grito y se desmayó. Entonces las abejas comenzaron a bailar alrededor de su cuerpo y después se fueron muy contentas, a almorzar con la mariposa de tres colores, que las estaba esperando en un jardín que había a la salida del pueblo.

EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — **Casilla 63-D.**

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se darán buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 17 de septiembre.

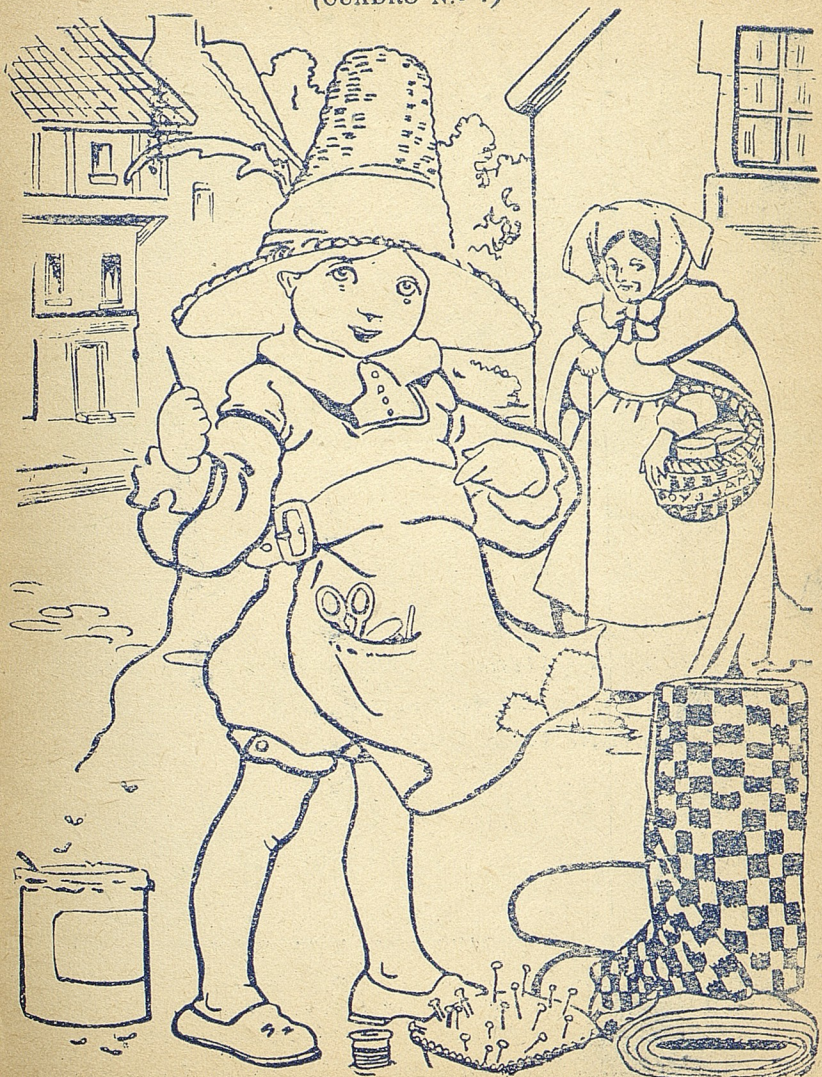
El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrà más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

**Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que
mejor colore los 16 cuadros de la
Página del Concurso.**

Página del Concurso

(CUADRO N.º 7)



Pinte este cuadro, póngale su nombre y dirección y envíelo a esta revista

¡Papito!...



... mi abuelito tiene la culpa de que te duela la vista, porque no te hizo estudiar con buena luz cuando eras chico ...

**YO NO QUIERO QUE
ME PASE LO MISMO!**

Tendremos mucho gusto en medir la intensidad luminosa que hay en su hogar, oficina o industria, sin costo para usted. Consúltenos.

CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA.